

POSICION QUE LE CORRESPONDE ASUMIR A LA UNIVERSIDAD FRENTE AL PROBLEMA DEL INDIO Y DEL MONTUBIO, COMO FACTORES DE LA ECONOMIA Y DE LA NACIONALIDAD ECUATORIANAS:

I

RESPONSABILIDAD DEL UNIVERSITARIADO

Es ya una cuestión incontrovertida aquella de que en las formas sociales primitivas el que asumía la dirección, digamos la jefatura de las mismas frente a la amenaza, al ataque o a los imperativos de relación de o con otros grupos humanos era generalmente el más valiente, el más audaz, el más inteligente. Sobre su hombros y en su torno se concretaba la responsabilidad de su gobierno, desde luego, con la estrecha cooperación de todos sus componentes, resultando de aquí, como corolario, la unidad del grupo.

Si nos trasladamos mentalmente a los tiempos que vivimos, hay que convenir igualmente, que entre los elementos integrantes de una sociedad, los más responsables, o los que deben responder a mayor responsabilidad son, deben serlo siempre, los más preparados, los más cultivados, en suma, los más capacitados; y siendo las universidades las Instituciones más elevadas de la cultura de un pueblo, resulta, por lógica consecuencia, que sobre los universitarios debe pesar la ardua tarea de

empujar, de promover, de operar el progreso de ese pueblo en sus aspectos esenciales. De aquí que si concebimos a la sociedad como una inmensa pirámide humana, no cabe duda de que el universariado ocupa, por legítimo derecho, el más alto sitio, al que logra llegar, no por herencia, no por derecho divino sino en virtud de un esfuerzo disciplinado y sistemático, mediante el sacrificio de las mejores horas de la vida; porque en los tiempos que corremos, por felicidad, el universariado se nutre, y vive y engrosan sus filas con elementos surgidos de todos los estratos sociales. Más todavía, el universariado, según dejo dicho, tiene sus raíces en las entrañas mismas de la sociedad y por su culturización tiene el deber ineludible de trabajar en bien de esa sociedad y particularmente, en bien de la clase social en la que le ha cabido nacer con el afán sincero y desinteresado de mejorarla y de levantarla hasta convertirla en un factor decisivo y ejecutivo de progreso social.

En función de las ideas que acabo de esbozar, es forzoso concluir que es deber de todo universitario, al término de sus estudios, seleccionar un problema, por lo menos, al cual dedicar su vida entera y desenvolverlo, en su tesis previa a la opción del título profesional, a manera de un plan o programa de acción a cristalizarse en o dentro de nuestras realidades sociales, a fin de pagar la deuda que tiene contraída con la sociedad a cambio de lo que de ella ha recibido: LA OPORTUNIDAD de convertirse en un hombre culto, que es el mayor de los bienes que se puede disfrutar.

||

OBRAS SON AMORES Y NO VANAS LISONJAS

Impulsado por las ideas que dejo expuestas y en contraste con el formulismo dominante que inducía a que los estudiantes tomaron su tesis como una cosa baladí, como uno de los tantos requisitos meramente formales que había que llenar pa-

ra obtener su ansiado título profesional, púseme a reflexionar sobre la materia o problema de alcance nacional que debía abordar en la confección de mi tesis doctoral y la respuesta no tardó en perfilarse en mi mente de manera clara, precisa y concluyente: era la experiencia vivida por un humilde muchacho indio, en lucha titánica contra la miseria y el ambiente social, para convertirse en hombre a través de la cultura; era la Universidad de los golpes duros que, entre paréntesis, es la mejor Universidad. Me decidí pues a tratar del problema del Indio Ecuatoriano, que vale decir del montubio y del indio americano, que es la clase social de la que procedo. Abarqué este problema, primero, porque en el planteamiento de su solución se encuentran involucradas las soluciones de todos los problemas de la Patria, por lo que su postergación constituye las cadenas que le atan al País y le detienen en su ritmo de progreso y segundo, porque nadie se había acordado antes del indio y del montubio sino para explotar su esfuerzo y para satisfacer sus pueriles señuelos de grandeza, y, tercero, porque estimé que era llegado el tiempo en que un hombre de su raza planteara ante el Tribunal de la Conciencia Universal su situación de acreedor preferente a fin de que llegue a cumplirse una ley natural: DAR PARA RECIBIR, puesto que es una verdad axiomática, aquella de que el indio ha dado hasta aquí sus tesoros, sus tierras, sus esfuerzos, sus mujeres, su sudor, sus lágrimas, su vida misma a la población blanca, recibiendo de ésta en reciprocidad las encomiendas, las reducciones, las mitas, los obrajes, los priostazgos, las cantinas, las guaraperías, el concertaje, su olímpico desprecio, cuando menos su indiferencia.



MI PRIMERA CONTRIBUCION A LA CAUSA DEL INDIO

Mi interés por lo indio no arranca únicamente desde que comencé a abordarlo en mi tesis doctoral; comenzó a preocu-

parme desde que el despuntamiento de mi razón me permitió apreciar el trato despectivo y hostil que la gente blanca y mestiza de mi pueblo dispensaba a mi familia y, particularmente, a mí, porque empezaba a destacarme entre mis compañeros de escuela. Después esta preocupación echó raíces en mi mente y en mi corazón, y adquirió volumen a lo largo del vía crucis que he tenido que soportar como precio de mi liberación, razón por la que para trabajar mi tesis no tuve sino que acudir a los archivos de mi experiencia y meramente poner por escrito los datos en ellos registrados y encabezarla con el título de LA INCORPORACION DEL INDIO A LA CULTURA NACIONAL, procurando extremadamente que mi pensamiento asomara puro y nítido, como el producto primerizo de mis meditaciones. Así la tesis fue aprobada con la recomendación de que fuera publicada en los Anales de la Universidad Central; pero esto último me fué difícil conseguirlo no obstante mis afanes, acaso, he pensado yo, por ser un trabajo sobre el indio y, sobre todo, tratado por un indio.

La alternativa fué una decisión heroica: reducir los gastos menos necesarios en mi hogar. Y de este modo, sujeto a una férrea disciplina, centavo tras centavo acumulé diez mil sucres y con ellos publiqué mi trabajo en formato de libro, al que pomposamente lo bauticé con el nombre de EL INDIO, CEREBRO Y CORAZON DE AMERICA, nombre que mereció ya una rectificación por un distinguido Alcalde Latacungueño, quien, en una carta muy estimulativa, me expresó que debía haberlo llamado EL INDIO, CEREBRO, CORAZON Y BRAZO DE AMERICA. Justificó su criterio con el hecho de haber construído él con un grupo de indios de Cotopaxi y con seiscientos mil sucres una Planta Eléctrica, acaso la de mayor capacidad en el País, por la misma que una empresa extranjera no había rebajado de dos millones de sucres.

De esta suerte, desde Julio de 1949 viene circulando en el territorio nacional y fuera de sus fronteras este libro que, en apretada síntesis, contiene el plan o programa de acción integral que se puede utilizar para redimir al indio y al montubio

de la postración en que la injusticia y la crueldad del hombre, sobre todo la falta de visión de los gobernantes, le han colocado de modo inmerecido. Naturalmente, como obra salida de mi mano no podía por menos que ser modesta y, por lo mismo, sin merecimiento alguno para ser colocada a la altura de tantas obras maestras escritas por autoridades del bien decir. Este fué mi propio concepto, tanto que comencé a temer de que el trabajo fuera reprobado en razón de que la Comisión demoró en presentar su informe; pero en estos mismos instantes recibí, entre muchas otras, una carta del Dr. Juan Cueva García, una alta mentalidad ecuatoriana, la misma que, por ser corta me permito transcribirla:

"Con muchísimo placer he leído su admirable libro para su tesis doctoral. Me parece un deber expresarle mi admiración por su trabajo, por la tranquilidad de ánimo con que lo ha escrito, por el amor inmenso que allí muestra usted para el Ecuador y para la raza indígena. En todo el libro no hay una sola expresión de ira, de resentimiento, de odio. Todo es bondad, todo es amor, todo es patriótico. Si los hombres aprendieran a escribir libros así, harían un inmenso bien al Ecuador. Yo creo que su libro puede hacer al País mucho más bien que centenares de otros que he visto escritos".

Sinceramente creí que un deber de amistad le hizo producirse al Dr. Cueva en los términos transcritos; pero estos conceptos fueron confirmados luego por la prensa capitalina, pues, "El Día" publicó un comentario, el 3 de julio de 1949, con el siguiente titular:

"Un libro como se escribe pocos y un hombre con personalidad propia. Dedicatoria para las cabezas vacías y los corazones sin envidia. Y venga esa mano, amigo, que el estilo es el hombre. Es un libro, en esta índole, sin duda el más autorizado, porque sus pensamientos y opiniones, son carne de la propia experiencia".

Y, por fin, para no abusar vuestra benevolencia, no quiero sino referirme a una nota enviada desde Montevideo por el sociólogo, Dr. Daniel Vidart, que dice:

“Comencé a leer su libro con el interés de un estudioso y terminé emocionado con lo más íntimo que tengo de ser humano. Su trabajo es un documento que conmueve y despierta a un tiempo; un alegato valiente de una raza y una reivindicación justa de fueros olvidados. Recibí una gran lección, Dr. Maiguashca, se lo aseguro. Sobre todo moral; y aunque usted es un hombre muy capaz intelectualmente, me cautivaron el fuego y el espíritu que pone en la defensa de la causa de la América del indio”.

I V

UN MOVIMIENTO PRO-INDIGENISTA DE ALCANCE NACIONAL EN CIERNES

Con la edición del libro a la mano me propuse dos objetivos, el primero, ponerlo en circulación a fin de que en las mentes apropiadas cumpliera una labor de siembra, de esparcimiento de la semilla, porque es ley de la naturaleza que para cosechar previamente hay que sembrar, y, segundo, sobre ese terreno abonado lanzarme por los ámbitos del País a una campaña verbal con el propósito de interesar a las gentes de buena voluntad, particularmente a la juventud no contaminada de pasado y abierta a las corrientes democráticas del vivir actual, juventud integrada por los estudiantes de escuelas, de colegios y con suprema razón los universitarios, a fin de empeñarles en un movimiento pro-indigenista nacional, preñado de justicia y, lo que es más, de humana comprensión con el corazón. El primer objetivo, sin embargo de ser el nuestro un País de escasos lectores, estimo que se ha realizado de manera satisfactoria, puesto que de tres mil ejemplares los dos mil se encuentran en circulación en las ciudades de Guayaquil, Portoviejo, Quito, Ambato, Latacunga e Ibarra y, en estos últimos tiempos en Guangopolo, parroquia cercana a Quito e integrada exclusivamente de indígenas que, con su comercio de cedazos y otras mercaderías, andan esparcidos en todo el País y aún en los territorios

fronterizos de Colombia y el Perú. Este detalle me hace pensar en cuán halagador sería el resultado de un movimiento en favor del indio si los verdaderos interesados pudieran leer este libro. En cuanto al segundo objetivo debo decir con franqueza que he incurrido en mora; pero tengo la impresión de que en estos mismos instantes estoy comenzando por ponerlo en práctica. Mi retraso se ha debido a la letra y al contenido de un refrán muy popular que reza: "La caridad comienza en la propia casa". En efecto, en estos tiempos ha embargado toda mi atención, todas mis actividades un problema que es imponderable para todo padre de familia consciente en su función: la educación de mis hijos; preocupación que, muy a mi pesar, me ha obligado a dejar temporalmente de lado este tema de loco, la redención del indio. Pero es lo cierto también que en esta demora a influído seriamente el natural temor que me ha reducido a la situación del novel actor del teatro que no quiere entrar en escena sino cuando, a pesar suyo, es levantado el telón; porque, es preciso confesarlo, no me siento con facultades para actuar en público, especialmente cuando el público es de la calidad del auditor frente al cual me ha colocado mi modesta posición de profesor universitario

V

MOVIMIENTO PRO-INDIGENISTA QUE SE INICIA GRACIAS A UNA BONDADOSA Y HONROSA INVITACION

Y hubiera continuado dando tiempo al tiempo en cuanto a mi propósito, si el cinco de este mes de agosto, de una manera inesperada, el señor Vicepresidente de la Asociación Escuela de Ciencias Económicas y Presidente de la Comisión de Cultura, mediante una bondadosa a la par que honrosa invitación para que dictara una charla en esta muy ilustre Universidad, la institución cultural más alta en esta ciudad con toda justicia bautizada como la Perla del Pacífico, no hubiera levantado el aludido telón, colocándome así entre la espada y la pared y obligán-

dome a la acción. Pues ante un requerimiento tan delicado de la juventud estudiantil, una vez que el señor Vicepresidente hablaba a nombre de sus compañeros, un hombre que por largo de veinte años ha venido dialogando con los jóvenes no podía sino atender prestamente a esta llamada. Y esta es la razón que explica mi presencia ante tan selecta concurrencia.

Es por estos antecedentes que mi agradecimiento para la A.E.C.E. tiene que ser de triple naturaleza. La primera por el honor inmerecido que me ha dispensado ya que carezco de las ejecutorias necesarias para esta gestión. La segunda porque me ha proporcionado la precisa y largamente esperada oportunidad de iniciar aquella campaña patriótica que me había propuesto, para conseguir, con la cooperación de todos los hombres pensantes, la soñada e impostergable incorporación del indio a la cultura nacional si es que anhelamos de veraz que el Ecuador, sin trabas, transite por los senderos del progreso al mismo ritmo que los están haciendo los demás pueblos de este Continente. Y la tercera, porque haya tenido que ser esta Universidad Porteña el escenario donde se hayan escuchado las inquietudes de un hombre surgido del subsuelo social, cuya mirada se recrea en la contemplación, en el horizonte de la Patria, de un pueblo fuerte, homogéneo y aureoleado de cultura porque hayan desaparecido en él, el indio, el montubio y también el negro como elementos de discriminación y de explotación.

No quiero terminar esta referencia sin hacer hincapié en los amables calificativos de HOMBRE UNIVERSITARIO y de MAESTRO usados en mi favor en esta invitación. La primera expresión quiero entenderla no en el sentido de ser yo Profesor Universitario, puesto que esto es accidental, sino en el concepto de que, por haber tenido la suerte de ser como vosotros estudiante universitario y en virtud de haber operado en mí la Universidad un cambio de mentalidad, he logrado despojarme y echar al fondo del mar cuantos prejuicios nefastos como aquel de haber creído a pie juntillas en la superchería utilizada por los blancos de que el indio era por su naturaleza un ser inferior y despreciable y que, por lo mismo, había nacido con el estigma de

la esclavitud y de la servidumbre; cuando, en verdad, el indio había sido, si no superior, mínimamente igual al blanco. El ejemplo más patético de este concepto es el que tenéis a la vista, o sea el de que un indio os esté dirigiendo su palabra impregnada de un puñado de verdades. Respecto del calificativo de Maestro quiero hacer estas consideraciones. Maestro es el hombre sabio que enseña su sapiencia; pero también es Maestro el hombre que sin ser sabio enseña ciertas verdades y procedimientos y, sobre todo, enseña con el ejemplo. Mis padres fueron gente sencilla y, sin embargo, con el ejemplo de su vida fueron los primeros y mejores Maestros que he tenido. No fueron ellos como los postes del camino que señalan al caminante su ruta, pero que no se mueven como los hay muchos maestros. Si en la reacción contra el dolor, la miseria, el postergamiento y los prejuicios sociales soy también maestro, Maestro me propuse ser, al escribir mi libro, porque con mi ejemplo quise demostrar a todos los indios y, en general, a todos los humildes, a todos los desposeídos que si yo había logrado colocarme en los primeros escalones de la cultura, ellos también estaban y están en la misma posibilidad, que lo único que hacía falta es decidirse y que lo demás viene por añadidura.

Y permitidme, distinguido auditorio, que en este momento encuentre la oportunidad de pedir las disculpas necesarias por haber aparecido hasta aquí demasiado personalista, pues no lo he hecho por vanidad, sino porque ineludiblemente en el problema del indio se encuentra involucrada mi persona como sujeto y objeto de este problema.

V I

EL INDIO Y EL MONTUBIO COMO FACTORES DE NUESTRA ECONOMIA

Limitando el contenido de Economía al concepto clásico de producción, circulación, conservación y consumo de la riqueza,

panorámicamente vamos a estudiar la situación del indio y del montubio en un doble aspecto: a) como agentes activos en la producción de bienes que constituyen la riqueza y b) como agentes pasivos, o sea como usufructuarios de esa misma riqueza por ellos creada.

Un estudio imparcial y sereno en cuanto agentes activos, de hecho nos lleva a la conclusión de que el indio en la Sierra y el montubio en la Costa han constituido las vértebras de nuestra economía, así en el pasado como en el presente, sin menospreciar la influencia de los otros integrantes del conglomerado ecuatoriano. Para convencernos de esta realidad basta observar que el indio y el montubio construyeron y construyen nuestros caminos y carreteras nacionales y vecinales y nuestros ferrocarriles; que ellos fueron los constructores de las ciudades españolas y sus obras monumentales privadas y públicas y que lo siguen siendo hoy en día; que ellos han constituido siempre la fuerza motriz de nuestra producción agraria e industrial rutinaria; que ellos fueron las acémilas en la obra ciclópea del descubrimiento, conquista e independencia de nuestro suelo. Por si lo anterior no fuera suficiente para demostrar el papel imponderable que estos elementos humanos han desempeñado, particularmente en nuestra producción agraria, sería muy interesante hacer abstracción de su presencia vivificante y alentadora en nuestras haciendas serranas y costeñas. La conmovedora aflicción de nuestros terratenientes y la ruina del País serían la respuesta. Debido a nuestros sistemas primitivos de trabajo, resulta que entre los aborígenes y la tierra se ha formado una ecuación de tal naturaleza que, suprimidos éstos, la tierra por sí sola carece de significado en la economía. En otros términos, el indio y el montubio son factores preponderantes en nuestra producción agraria, que es una de las principales fuentes de nuestra riqueza, supuesto que, por lo que parece, el Ecuador no es un país minero y que la actividad industrial aún se encuentra en pañales.

Estudiemos ahora al indio y al montubio como beneficiarios de la actividad económica, o sea en qué medida y forma han sido compensados en su trabajo. Y el resultado de este estudio

nos va a ser verdaderamente desalentador, porque la postración material y espiritual en que yacen en estos mismos instantes, no obstante el advenimiento de la Independencia y de la República, y a despecho de todas nuestras leyes e Instituciones de carácter social, no puede ser descrita con palabras sino con emociones dolorosas y humedecidas por las lágrimas. Sin embargo de ser estos hombres, como acabamos de ver, elementos sine-quanon en nuestra economía agraria, quiero invitar a todos los ecuatorianos preocupados por el porvenir de la Patria, particularmente a la juventud universitaria, a que les contemplen en los siguientes escenarios, donde más que vivir vegetan:

a) En la miserable choza de su huasipungo, al que el indio vive atado por una lejana esperanza y por el dogal del concertaje que, si bien legalmente pereció sin gloria en manos de los congresistas de 1918, vive de hecho en el corazón de nuestros terratenientes y pesa aún como una montaña en la cerviz del infeliz concierto, sin más contacto que con su mayordomo y su amo, cuando no con el soldado o guardia civil el momento que se le ocurre levantar la cabeza para reclamar por sus derechos conculcados, reclamos que casi siempre son ahogados en sangre como acabamos de presenciar en las haciendas serranas de la "Merced", "Guachalá" y en alguna de Chimborazo. Todos sabemos, por ser público y notorio, que en estos hechos de sangre perecieron asesinados algunos indígenas, los llamados cabecillas; pero sus asesinos no han sido enjuiciados, perseguidos, encarcelados y sancionados, como era procedente. Más, señores, la justicia, por ser ciega, persiguió a los agraviados, persiguió a las víctimas de la agresión, y dejó en paz a los agresores. Esto es lo que recibe el indio en compensación a su labor eminentemente patriótica en bien de todos los ecuatorianos;

b) En la choza igualmente miserable y precaria prácticamente colgada de los árboles en las haciendas costeñas, donde el montubio prodiga a raudales su energía, como sembrador o arrendatario, en provecho del dueño de la tierra que antaño fué de los mismos trabajadores;

c) En las montañas de Oriente y Occidente, el jíbaro, el yumbo, el colorado y el cayapa en estado de barbarie sí, pero menos infelices que los indios de la serranía por encontrarse alejados de los hombres blancos que, con excepciones ciertamente, son las fieras más temibles; aunque también allá les está llegando la rapacidad de los hombres superiores que se traduce en despojo de sus tierras cultivadas y de sus hogares, por lo que estas tribus paulatina y en apariencia volutariamente van extrañándose ellas mismas a lo más inhóspito de la selva para vivir temporalmente tranquilos;

d) Cogidos cual si fueran moscas en esa especie de tela de araña tejida tenebrosamente por los priostazgos, la superstición y rematadas por las cantinas y guaraperías, plagas éstas que, si no amparadas, son toleradas por el mismo Estado; y,

e) En ese círculo de explotación y humillación cuyos eslabones son la ambición y la servicia de autoridades grandes y pequeñas, civiles, religiosas y administrativas y, en general, por todas las gentes que suponen que ellas nacieron para mandar y los indios y montubios para obedecer, éstos para trabajar y aquellas para usufructuar ese trabajo.

Enumerados los distintos escenarios en que pueden ser observados estos hombres, analicemos ligeramente las situaciones que tienen que soportar en cada uno de esos escenarios.

En efecto, el huasipungo es pequeño, en mala tierra y, por tanto, de difícil producción. El pasto para sus animales es limitado. En compensación el indio y su familia trabajan para la hacienda casi gratuitamente por el hecho de que el salario es irrisorio y sus familiares no ganan. Como con esto no puede vivir, se ve forzado a pedir adelanto a su patrono y de este modo jamás termina de pagar sus deudas, de las que tienen que hacerse responsables sus descendientes. Esto es el concertaje. En la Costa el sembrador percibe relativamente poco por su trabajo y el arrendatario paga el arrendamiento con sus productos cotizados, naturalmente, a precio de explotación. Quedó indicada ya la precaria situación de los indige-

nas moradores en las montañas de oriente y occidente. Si el indio o el montuvio alguna vez logra acumular ahorros forzosamente tiene que caer en las garras de las fieras. Todo cuanto ahorra es para pasar el cargo y como el ahorro es menor que los gastos, se ve precisado a vender hasta a sus hijos para este efecto. La "jocha" es una institución que le demuele al indio y las obligaciones por este concepto se transmiten de generación en generación. Unase a esto las cantinas y guaraperías que, como dragones, les acechan con sus fauces siempre abiertas a cada recodo del camino, no solo para esquilmarlos sus pocos centavos sino para degenerarlos y matarles. Y qué decir de la explotación y humillación a que les someten autoridades de toda clase en las ciudades y en los poblados?

V I I

COMO CONVERTIR AL INDIO Y AL MONTUBIO EN FACTORES PROPULSORES DE LA ECONOMIA

En el capítulo anterior hemos visto cómo el indio y el montubio han sido agentes activos en la economía del País y que, esto no obstante, por no trabajar para ellos sino para sus amos han estado siempre al margen del aprovechamiento de la riqueza por ellos creada. En estas condiciones, siendo lo indio, acaso la mitad de la población, un conjunto de gentes sin estímulo, sin los medios necesarios para satisfacer sus más apremiantes necesidades, pueden ser en este momento estos hombres factores propulsores de la economía del País? En otros términos, si no se mejora su situación en las haciendas serranas y costeñas; si a los moradores de las selvas de oriente y occidente no les ponemos en contacto con nosotros; si aplicando el Código de Policía no les liberamos de la coyunda de los priostazgos, de la monstruosidad de las guaraperías y cantinas, de esa especie de sadismo que les encanta ejercitar a muchas gentes, autoridades o no, con estos hombres inofensivos e indefensos; si no logramos meter en la mente de esas gentes que el in-

dio y el montubio son tan hombres como los demás, y que como ellos tienen derecho a nuestro respeto; si el Estado no arrima el hombro para incorporar a la masa indígena a la cultura nacional; se podrá afirmar que el indio y el montubio son actualmente factores activos y propulsores de la economía nacional? La situación en que les mantenemos a estos grupos humanos constituye no sólo un atentado contra la economía sino, lo que es más, contra la civilización, contra la humanidad? Por qué no hemos pensado alguna vez que la redención del indio y del montubio tenemos que hacer no simplemente por humanidad sino hasta por interés personal puesto que todos personalmente saldremos beneficiados, y con nosotros el País entero?

Presupuestos estos antecedentes, paso a esbozar las medidas que mínimamente y con la urgencia del caso se podría poner en marcha para obtener como realidad el titular de este capítulo;

Primera.—Con los grupos de oriente y occidente que no viven sujetos a servidumbre habría que organizar colonias agrícolas a base de las tierras baldías que actualmente ocupan, tanto para defenderles contra la ambición de blancos y mestizos como para concederles títulos de adjudicación definitiva, individual y colectivamente, a fin de construir oportunamente lo que en los EE. UU. se llama reservaciones.

Esta medida se podría aplicar en estos mismos instantes con los Colorados. Los Bancos del Sistema de Fomento intervendrían para proveer a estas colonias de herramientas, semillas y un pequeño capital. De la realización de esta sugerencia se encargaría la Dirección de Tierras Baldías.

Segunda.—Expedir una ley que conceda en propiedad los huasipungos a los actuales ocupantes. Pero como esto sería insuficiente, la ley debería obligar al dueño de la hacienda, en la Sierra o en la Costa, a vender parcelas de terreno sobrante a cada jefe de familia que ha venido trabajando con él, pagade-

ras en dinero, o en trabajo o en ambas formas, a voluntad de los contratantes. Esta medida no dislocaría el status actual, ya que el patrono no se privaría del concurso de la misma mano de obra que necesita, entendido que los trabajadores cumplirían mejor su deber con el patrono. Desde luego habría que fijar una mejor remuneración a los trabajadores.

Tercera.—En el supuesto de que la tierra sobrante u ociosa no fuere suficiente en las haciendas serranas y costeñas porque la demanda sería mayor, para la población indigna aún no satisfecha se podría aplicar la primera medida, prefiriendo las tierras baldías de occidente, tanto por ser de mejor calidad, cuanto por estar mayormente cruzadas de vías de comunicación.

Aplicadas estas pocas medidas más la provisión de escuelas por el Estado y los Municipios sería de ver como estos hombres aumentarían la riqueza agrícola del país y con ello habría abundancia de productos de primera necesidad en los mercados, aparte de que incrementando el poder adquisitivo del indio y del montubio surgiría un conjunto de necesidades nuevas, en tal forma que la industrialización, por tener mercado de consumo adecuado, tomaría vuelo en el futuro, y, como dije antes, todos los ecuatorianos ganaríamos.

V I I I

EL INDIO Y EL MONTUBIO COMO FACTORES DE LA NACIONALIDAD

Entre los elementos subjetivos integrantes de una nacionalidad hemos considerado siempre la unidad idiomática, religiosa y cultural. Pero la historia nos refiere casos de pueblos integrados por hombres de diverso idioma, de diversa religión y de diversa cultura que, en un momento dado y por un acontecimiento inesperado, estos elementos heterogéneos se han aglutinado y de este aglutinamiento ha resultado la unidad en el

pesar, y, por tanto, en el querer y en el obrar. Se cita como ejemplo típico de esta nacionalidad al pueblo Belga que, integrado por hombres de diverso origen, religión, cultura y raza, se levantó como un solo hombre para impedir el paso de los alemanes por su territorio en la Primera Guerra Mundial.

Supuestos estos antecedentes, se puede pensar que los indios y montubios han jugado algún papel como factores de nuestra nacionalidad? Y lo que es más interesante, podemos afirmar que el Ecuador es un Estado Nacional? Estimo que se puede responder negativamente debido a que en su población no existe unidad de idioma, de religión y de cultura, máxime si se considera que la población blanca y mestiza constituye una minoría. La mejor prueba es que algunos pedagogos, contrariando mi criterio, piensan dar en quichua la enseñanza a los niños indios. Con respecto al primer interrogante se podría argüir que muchos indios pelearon en las guerras de nuestra emancipación; pero se podría contestar que fueron llevados a la soga y que si pelearon como buenos fue por el ansia de vencer para no morir, en virtud del instinto de conservación. En una supuesta guerra con algún vecino nuestro y en lo que a los indios se refiere, podríamos presenciar el caso del pueblo Belga? Decididamente no y no por culpa de ellos sino por la ignorancia en que de manera estudiada se les ha venido manteniendo.

El arte de vivir consiste en deducir conclusiones positivas de antecedentes negativos. La conclusión fundamental que yo deduzco es que aún por este aspecto y hasta por conveniencia personal es un imperativo la incorporación del indio a la cultura nacional, primero, porque así estaremos forjando una gran nacionalidad y, segundo porque sólo con la cooperación de nuestros indios será posible algún día la reivindicación de nuestros derechos territoriales, porque no hay que olvidar que como guerreros son de los buenos, como lo son todos los hombres cuando saben por qué pelean. No necesito ponderar de sus virtudes guerreras si ustedes traen a la mente la epopéyica figura del Gran Ati Rumiñahui empeñado en desiguales ba-

tallas con los españoles, tanto para defender la tierra de sus mayores cuanto para librar a su pueblo de las cadenas de la esclavitud y del oprobio que ya crujían en su mente y las sentía cercando su corazón de patriota y de prisionero de una raza. Si miramos hacia el sur tenemos que detenernos atónitos ante la contemplación de ese empeño heroico, con pocos ejemplos en la Historia, de Tupac Amaru en el Perú y Lautaro en Chile por arrojar de sus respectivas patrias a sus opresores. Y al norte, en México, le encontramos a Guathemoc con igual empeño.

De modo que bien podemos predecir que cuando los indios todos del Ecuador sean convidados a saborear los manjares de la libertad y del derecho en la misma mesa con el blanco, mestizo y negro, nuestras tierras serán reivindicadas, porque todos los ecuatorianos, unidos por el sentimiento de la nacionalidad, seremos invencibles.

I X

LA UNIVERSIDAD JUNTO AL PUEBLO: SU GENUINA POSICION

Nuestra Universidad de Santo Tomás de Aquino daba albergue en sus aulas exclusivamente a los privilegiados, que vale decir a la clase dominante, bien por lo azulado de la sangre, bien por ejercicio del Poder, por lo que el objetivo de sus afanes era el bienestar y la perpetuidad en el mando de esa clase. Y como no tenía contacto alguno con el pueblo, éste no constituía materia de sus preocupaciones porque en la Colonia los ecuatorianos estuvimos separados en dos porciones perfectamente diferenciadas: La aristocracia, que era la usufructuaria del Poder y el Demos, o sea el Pueblo contribuyente, que todavía no era Democracia. Esta la razón por qué la Universidad moraba encastillada en su torre de marfil. Fue preciso que Eugenio Espejo y José Mejía Lequerica, y con su ejemplo muchos varones ilustres como ellos, se filtraran inadvertidamente en las aulas

universitarias para que se hiciese presente el Pueblo y comenzaran luego a egresar de ellas sus verdaderos representantes a luchar afuera por sus intereses, a intervenir en la Cosa Pública, a designar a sus gobernantes, a ser ellos mismos Gobierno, en suma a crear la Democracia. He aquí cómo las puertas de la Universidad paulatinamente se abren de par en par para dar paso a los hijos del Pueblo, y he aquí también por qué esos hijos del Pueblo, iluminadas ya sus mentes, somos los llamados a encarnar el ideal de que la acción creadora de la Universidad se haga visible y haga sentir su influencia bienhechora en todos los ámbitos del País.

Mas, haciendo contraste con estas reflexiones, la realidad nos enseña a una población indígena, así que es el subtrato del Pueblo, extraña a la experiencia de la vida Democrática; y tan cierto es esto que estamos presenciando que no es capaz de ejercitar uno de sus atributos esenciales, cual es el derecho de sufragio.

Para terminar, señores, vivamente impresionado por las realidades que hemos visto desfilar, que no por amargas hay que perderlas de vista, quiero valerme de la oportunidad que me brinda este minuto para, desde esta altísima Tribuna, apostrofar a los Universitarios del Ecuador y decirles que es impostergable la promoción de un movimiento en escala nacional para INCORPORAR AL INDIO Y AL MONTUBIO a la cultura nacional, para hacer efectiva nuestra Democracia y para convertirlos en factores activos y efectivos así de nuestra Economía como de nuestra Nacionalidad.

Y qué habrá que hacer para cristalizar en hechos estas aspiraciones? Son tantas las medidas sugeridas y tanto el dinero requerido que, ciertamente, tomarán bastante tiempo para convertirlas en realidades. Pero por esto, no debemos hacer algo? Creo que hay una cosa que podemos hacer puesto que no demanda dinero sino, simplemente, comprensión con el corazón, como ya dije antes. En efecto, la servidumbre de siglos ha producido en la mente del indio y en la del blanco una especie de tumores psíquicos que se traducen en dos complejos, el de in-

ferioridad en el indio y el de superioridad en el blanco que, en términos sencillos, significan prejuicios, nada más que prejuicios.

Por tanto, si la Universidad emprendiera, a través de sus estudiantes, en una campaña educativa tendiente a suplantar el prejuicio de superioridad en el blanco con el concepto de que el indio, por ser hombre, es su igual y que la única diferencia existente entre los dos es el grado de cultura, sin que cueste un solo centavo a nadie se solucionaría en un 50% el Problema del Indio y del Montubio y las demás medidas vendrían de suyo por añadidura.

Esta es, en mi modesto concepto, LA POSICION QUE LE CORRESPONDE ASUMIR A LA UNIVERSIDAD ACTUAL FRENTE AL PROBLEMA QUE HA SIDO MATERIA DE ESTA CHARLA ENTRE AMIGOS.